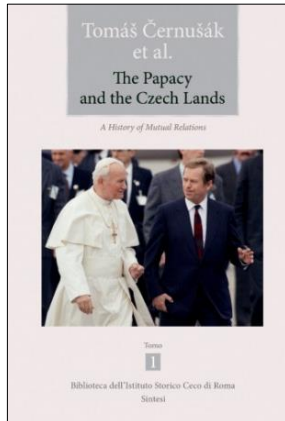


RESEÑAS



ČERNUŠÁK, Tomáš *et al.*: *The Papacy and the Czech Lands. A history of mutual relations*, Praha, Historický ústav, 2016. 384 págs. ISBN: 978-80-7286-292-4.

Rubén González Cuerva
CSIC

De todas las historias nacionales europeas del siglo XX, la checa se encuentra entre las más tortuosas y azarosas: de parte sustancial del Imperio austrohúngaro pasó a ser un estado independiente checoslovaco, luego transitó bajo el nazismo y el comunismo y, finalmente, la República Checa ha quedado integrada en la Unión Europea. El Instituto Histórico Checo de Roma ha sido partícipe de estos vaivenes, y tras su refundación en 1993 ha procurado parangonarse con otros institutos históricos nacionales de más tradición en Roma a través de variadas investigaciones y publicaciones. En tal sentido, la presente obra destila dos décadas de trabajo de historiadores checos en los archivos romanos. El equipo dirigido por el profesor Černušák ha sido capaz de encarar una obra ambiciosa y sistemática con un marcado perfil internacional, pues su cuidada edición, su escritura en inglés y sus planteamientos sintéticos y claros lo hacen asequible para un público más general, amén de constituir una referencia inexcusable en el debate académico. Sin embargo, por esta voluntad de difusión la obra carece de aparato crítico, lo que se solventa en parte con una completa bibliografía final. El objetivo que se encara es apabullante: compendiar en menos de cuatrocientas páginas las relaciones establecidas entre las «tierras checas» y el Papado durante el último milenio, y hacerlo con investigaciones maduras y basadas en fuentes primarias, sin lagunas de consideración.

Podría reprocharse que el planteamiento bilateral de la obra resulte manido y poco ambicioso metodológicamente, a la luz de la abundancia de estudios de este tipo en la historiografía de las últimas décadas. Sin embargo, el volumen evalúa unas

relaciones multifacéticas y de alta complejidad, que trascienden la mera bilateralidad diplomática, como son las establecidas con la cabeza ecuménica del catolicismo. Además, la vinculación checa con Roma abre el foco respecto a la historia internacional que se cultivó en la Checoslovaquia comunista, muy volcada hacia los pueblos eslavos bajo el socialismo real, o la que se ha desarrollado más recientemente, fuertemente vinculada con el panorama alemán y austriaco. Los historiadores checos italianistas que contribuyen a este volumen vienen a completar al tradicional y relevante hispanismo local, que ha realizado aportaciones de consideración desde las obras de Chudoba, Polisensky o Forbelsky de mediados del siglo XX hasta las más recientes contribuciones de Marek o Kasparova.

El volumen se abre con una introducción historiográfica que recorre las historias generales del Papado desde Ranke y Pastor, y justifica persuasivamente la pertinencia del enfoque bilateral, dada la escasez de escritos de este tipo. Siguen ocho capítulos que diseccionan las relaciones de las tierras checas con el Papado en fases cronológicas amplias, desde el siglo IX hasta el presente, con un notable equilibrio entre las distintas épocas. No obstante, se aprecia cierto titubeo en los engarces entre capítulos, de modo que las problemáticas que explican los cambios de fase (como en 1417, 1526 o 1804) quedan en tierra de nadie y no se resuelven con el detalle y claridad que merecen.

El capítulo altomedieval resulta el más esforzado por la carencia de fuentes, que arranca con el bautizo de catorce duques bohemios en Ratisbona en 845. Se asienta con el papel crucial del duque de la Gran Moravia Ratislav a mediados del siglo IX y la labor del primer arzobispo local, mandado desde Roma y obediente al Papa, el famoso San Metodio, apóstol de los eslavos junto a Cirilo. Sin embargo, el control pontificio, así como de la sede primada de Maguncia, sobre estos territorios periféricos resultó mínimo hasta el papado reformista de Gregorio VII, en el contexto de polarización de lealtades en el Sacro Imperio motivado por la Disputa de las Investiduras, a finales del siglo XI.

Habría que esperar a mediados del siglo XIII para ver al reino de Bohemia integrado entre los reinos de la Cristiandad, aunque las relaciones directas con el Papado fueron escasas hasta el siglo XIV. Desde 1315 la Inquisición romana comenzó a operar de forma continua y, con el Papado en Aviñón, los contactos se incrementaron gracias a que la nueva dinastía regia, los Luxemburgo, eran de origen francés. Así, el rey Juan I consiguió en 1341 que Praga fuera sede exenta de Maguncia y con derecho a coronar al rey bohemio. Su hijo Carlos IV (1355-1378) se convirtió en Sacro Romano Emperador, con lo que las relaciones bilaterales pasaron de la historia regional a constituir un capítulo de la historia europea protagonizado desde Bohemia. Praga fue entonces una capital cosmopolita y destino de legaciones papales que vieron en su cabeza a Petrarca o Cola di Rienzo. En 1347 el Papa concedió la fundación de la Universidad de Praga, que será centro neurálgico cultural del reino en los siglos siguientes. En 1365, la sede praguense ascendió a arzobispado y al carácter de *legatus*

natus del Papa, con mando sobre las sedes alemanas de Ratisbona, Meissen y Bamberg. Esta fase dorada llegó a un rápido deterioro con el Cisma de Occidente, durante el cual Praga fue recibiendo a los legados de los respectivos antipapas. Sin embargo, la cuestión de la herejía y ajusticiamiento de Jan Hus (1415) y el Concilio de Constanza, uno de los puntos culminantes de la historia bohemia medieval y de las relaciones con el Papado, se despacha de forma apresurada. Quizá sea de sobra conocida en la historiografía checa, pero el lector europeo habría agradecido un mayor desarrollo de esta problemática.

De esta forma se entendería mejor el siguiente capítulo, entre la «Reforma» checa y la «Reformación» protestante (1417-1526). El control del Papado sobre la jerarquía bohemia en este periodo es testimonial, mientras se consolidaba una iglesia local independiente y herética siguiendo las doctrinas husitas, la utraquista (pues comulgaban con pan y vino, *sub utraque specie*). A mediados del XV, los utraquistas perdieron la confianza en los concilios para normalizar su situación y, frente a la inoperancia de los poderosos legados pontificios que se habían ido enviando al reino, juraron obediencia al papa Eugenio IV para abrir negociaciones al máximo nivel. El Papado mantuvo una relación tormentosa con estos heréticos para reintegrarlos en la Iglesia Romana, que eran encabezados por el propio rey, Jorge de Podiebrad (1458-1471). Tras llamar dos cruzadas en su contra, se fue alcanzando un consenso por el que se toleraba esta iglesia propia, pero fiel al Papado, al que arrancaron el permiso para continuar la doble comunión.

Ante el auge de la Reforma protestante desde 1520, el Papado se vio forzado a transigir frente a un reino con una estructura multiconfesional. Los protestantes influyeron fuertemente sobre la iglesia utraquista, por lo que los intentos de reintegrarla en la católica durante el Concilio de Trento acabaron en fracaso. Posteriormente, la política de recatolización fue avanzando con dificultad, pero con pasos decisivos como la restauración del arzobispado católico de Praga como sede metropolitana. En la labor confesionalizadora participaron, y no siempre en armónica cooperación, el arzobispado, la nunciatura y los jesuitas. Con el asentamiento de la corte imperial en Praga bajo Rodolfo II (1576-1612), se estableció asimismo allí una nunciatura permanente en la que nuncios como Bonomi o Spinelli destacaron por sus enérgicas políticas. Además, frente a la decadencia de las órdenes monásticas tradicionales, los jesuitas alcanzaron una gran influencia en la predicación y la educación. Para el Papado, Bohemia representó un campo de batalla confesional prioritario y, desde el pontificado de Gregorio XIII (1572-1585), se incrementó la presión basada en el común trabajo con la diplomacia española y un enfoque elitista: ante la apabullante mayoría de reformados en el reino y las celosamente guardadas libertades del mismo, se potenció el nombramiento de oficiales regios católicos de confianza. Esta reforma desde arriba es perceptible desde 1596 y fue minando progresivamente la capacidad de propagación de los no católicos en los territorios bajo jurisdicción regia.

Tras el estallido de la Guerra de los Treinta Años, en buena medida resultado de estas tensiones confesionales en Bohemia, los movimientos ensayados en las décadas anteriores se intensificaron con rapidez. Con la implementación de la reforma católica se produjo el choque de la iglesia local con una monarquía cada vez más autoritaria y decidida a subordinarla. El apoyo del Papado a que se conservara la autonomía de las diócesis bohemias se demostró a la larga inoperante, como su fracasada mediación en el conflicto entre los jesuitas y el arzobispo de Praga por controlar la universidad local. Estos acontecimientos estaban en línea con la irreversible intrascendencia pontificia en la política europea desde mediados del XVII, y aún más en Utrecht, donde el representante papal ni siquiera fue reconocido. Así, los nuncios perdieron el papel jurisdiccional y reformista que gozaron en la fase anterior para pasar a ser más los representantes diplomáticos de un estado italiano y concentrarse prioritariamente en las cuestiones de la corte imperial. Frente a la centralidad de Viena, el reino bohemio resultó secundario y los contactos con Roma se vehicularon más a través de obispos y monasterios. Existían unas mediaciones variadas y bien establecidas: la congregación de Propaganda Fide desde su fundación en 1622, el auditor alemán en el tribunal de la Rota y los agentes nombrados por las distintas órdenes, diócesis y prelados en la Santa Sede. Pese a todo, Roma gozó de una gran influencia artística y espiritual sobre el confesionalizado clima cultural bohemio. Los suntuosos festejos por la canonización del santo nacional Juan Nepomuceno en 1729 pusieron el broche a una relación más estable y menos conflictiva.

Las reformas josefinas en Bohemia fueron objeto de gran interés historiográfico tras la Segunda Guerra Mundial como modelo de transición del feudalismo al capitalismo o forma específica de Ilustración reformista aplicada a la Monarquía de los Habsburgo. En tal sentido, las reformas la modernizan sin quebrar sus estructuras, excepto en sujetar la Iglesia al Estado y acomodarla a las necesidades de la Corona. Esto incluye la expulsión y posterior abolición de la Compañía de Jesús, la reorganización de la administración de las iglesias o adecuar sus límites a los de los territorios laicos. Las reformas habían empezado en la década de 1740, pero se agudizaron a tal punto en 1781, cuando el desacomplejado José II se convirtió en emperador, que se temió un cisma y la constitución de una iglesia nacional de los Habsburgo. José II exigió un juramento de fidelidad a los eclesiásticos, disolvió monasterios, prohibió a las órdenes monásticas comunicarse con sus centrales en Roma, aplicó una laxa censura de libros y procuró que el nuncio limitara sus acciones a la representación diplomática de un estado italiano. Ante este sesgo, el papa Pío VI viajó rápidamente a Viena y se entrevistó con el emperador en marzo-abril de 1781, un evento único en la historia moderna europea. De esta forma le arrancó concesiones menores y ambas partes salvaron las apariencias, aunque José II se presentó de incógnito en Roma en 1783 para seguir unas discusiones al borde de la ruptura. Finalmente, el Emperador logró nuevas ventajas a costa de no llegar a un cisma que se antojaba factible. Sus sucesores siguieron en lo fundamental esta línea intervencionista, que quedó en poco radical ante el enorme terremoto de la expansión napoleónica.

En el siglo XIX, ya fuera de un marco modernista, la continuidad se impuso pese a la creación del Imperio austriaco en 1804, pues los obispos bohemios siguieron obligados a comunicarse únicamente con Viena y sin poder recurrir directamente al Papado. La situación cambió solo con el concordato de 1855, que dio más margen de autonomía a los obispados frente a la autoridad estatal, para lo que contaron con el apoyo pontificio. Esta lucha, empero, ya no era de carácter binario, pues a la vez se enfrentaban al creciente secularismo social y a polarizaciones nacionalistas novedosas, como el intento de crear una diócesis alemana independiente en Cheb/Eger, separada de la comunidad checa. Con la Primera Guerra Mundial, el Papado abogó en vano por la paz general y la continuidad del católico Imperio austrohúngaro frente a la proliferación de pequeños estados nacionales liberales.

La nueva República Checoslovaca, desde 1918, se vio afectada por graves tensiones para normalizar su relación con el Papado y la estructura eclesiástica. El estatuto de las minorías nacionales en la primera década resultó una cuestión menor comparado con la dura intervención nazi y comunista después, que sometió a la Iglesia checoslovaca a una persecución y control estrechísimo desde 1949. En 1950 se rompieron oficialmente las relaciones diplomáticas con el Vaticano, que no se recuperaron hasta 1990, aunque desde 1963 los contactos se retomaron a menor nivel y desde 1977 imperó cierto buen entendimiento. Con Juan Pablo II, el Vaticano recuperó un papel más activo en la política checoslovaca, alentando discretamente la oposición al régimen socialista: la peregrinación a Velehrad en 1985, que el Estado pretendió controlar, devino en una masiva manifestación anticomunista. La recepción del primer presidente democrático, Václav Havel, a Juan Pablo II en 1990 (que aparece como imagen de portada del libro) simboliza la recuperación de estas relaciones, aunque no se aprecie una potente reintegración de la Iglesia católica en la realidad checoslovaca: frente a la identificación polaca entre oposición al comunismo y catolicismo, la República Checa se trata, posiblemente, del país más secularizado de la Europa actual.

El volumen se cierra con una conclusión que más bien opera como resumen final. En él se ofrece una panorámica general de estas relaciones checopapales con la voluntad de persuadir sobre su relevancia pese a que no constituyan un eje central de la historia europea. En realidad, tal objetivo queda sobradamente acreditado: el Papado prestó una atención prioritaria a este espacio en distintos momentos de la historia medieval, moderna y, en menor medida, contemporánea. Lejos de cierto complejo latente de periferia y orientalidad, se demuestra que la Corona de Bohemia fue una pieza clave del juego europeo, aunque entre el XVI y el XX, este foco nacional queda desvirtuado por su inclusión en una Monarquía de los Habsburgo en la que las dinámicas se disciplinan más claramente a nivel supranacional. El volumen es obra de un instituto estatal oficial y, en consonancia, busca en el pasado la continuidad política de las «tierras checas», que incluye siempre a Bohemia y Moravia y, según el momento, integra a Silesia, menciona a Eslovaquia o se refiere a Austria. Esta incertidumbre geográfica da la medida de la riqueza y profundidad de esta historia, de los problemas

al encarar una historia regional y de engarzar las distintas unidades políticas que se suceden en el tiempo sobre un espacio que demuestra ser una encrucijada central de la historia europea.